POTESTAD DE PREDICACIÓN RV60:
Palabra de Jesucristo a la Mujer Adúltera

Sólo la santidad del Espíritu de Dios es capaz de facultar a alguien para concebir un mensaje, prepararlo, meditarlo, predicarlo y que el mismo, ejerza potestad sobre el pecado que reina en la vida de otros. Dice la Escritura en 1 Corintios 2:10, que <u>el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.</u> De manera que toda la Escritura, que es la potencia del Espíritu, escudriña el profundo sentir del ser humano y revela lo que es pecado. Por esta causa, Jehová Jesucristo es el principio y el fin de la predicación contra el pecado. Sólo en él, El Padre y el Espíritu Santo se encuentran en perfecta comunión. Nuestro Salvador sabe que, sin la presencia permanente de ese Espíritu que operó en Él en la cruz, no tenemos potestad contra las huestes y los principados de inmundicia. Para que esta potestad de predicación de Dios, que ejerce Jesucristo en el cielo y en la tierra se extienda a los cristianos, en nombre de la Trinidad se nos concede en la declaración:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. (Mateo 28:18-19)

Para precisar cómo el Espíritu guía esta potestad de predicación contra el pecado, he extraído de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960, aquellos pasajes que mejor ejemplifican esta guerra, con la fe de que tu también puedas ejercer esta potestad.

Dame de beber.

Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice:

Dame de beber;

tú le pedirías, y él te daría agua viva.

Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;

mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás;

sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

Ve, llama a tu marido, y ven acá.

Bien has dicho:

No tengo marido;

porque cinco maridos has tenido,

el que ahora tienes no es tu marido;

esto has dicho con verdad.

Mujer,
créeme,
que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.
Vosotros adoráis lo que no sabéis;
nosotros adoramos lo que sabemos;
porque la salvación viene de los judíos.
Mas la hora viene, y ahora es,
cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad;
porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.

Dios es Espíritu;
y los que le adoran,
en espíritu y en verdad es necesario que adoren.
Yo soy,
el que habla contigo.
Juan 4:7, 10, 13-14, 16-18, 21-24, 26

Milward Abadía
Ciudad de Panamá, 25 de julio de 2010
milward1000@gmail.com